BENJAMIN MARTIN SANCHEZ

Canónigo de la S. I. Catedral de Zamora

¿EXISTE DIOS?

Dedicado a los marxistas y ateos.

Editorial

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44 - 41003 SEVILLA

Tel.: 954 41 68 09 - Fax: 954 54 07 78

www.apostoladomariano.com

ISBN: 978-84-7770-596-3
Depósito legal: M. GR 1991-2001

Impreso en España - *Printed in Spain*
Por: Impresos y Revistas, S. A. (IMPRESA)

PRESENTACION

En estos tiempos en que se hace gala incluso por los principales medios de comunicación social de ser agnóstico y ateo, no podía ser más oportuno este libro del Dr. B. Martín Sánchez.

No dudamos que ya hay escritos muy buenos libros sobre estos temas, siendo sin duda uno de los mejores el del P. Jesús Simón, S.J. titulado «A DIOS POR LA CIENCIA» de nuestra Editorial. Pero éste es breve, se puede leer de un sólo tirón y es muy cierto que toca puntos muy interesantes.

¿A quién puede interesar la lectura de este libro? Sin duda que a los ateos si, movidos de buena fe, tuviesen valor para leerlo. Pero todos sabemos que es muy difícil que un libro de esta clase lo lea un ateo. Los ateos son ciegos que quieren seguir siendo ciegos y huyen de todo lo que les pueda curar.

Y pues, si los ateos no lo van a leer, ¿a quiénes otros les puede interesar? Perdonadme si os digo que estas lecturas nos interesan a todos, incluso a los que ya creemos.

Yo he escuchado un video estupendo del P. Jorge Loring S.J. titulado: *Razones para creer*, en el que habla de todas estas cosas, y dice que

hay muchos creyentes que son católicos e incluso buenos católicos practicantes que recibieron la fe de sus padres, creyendo simplemente por la confianza que tenían en ellos, pero sin conocer las *razones* en las que se apoya la fe. Todo esto está bien mientras no vengan a abordarnos los maestros del error esgrimiendo sus argumentos venenosos. ¿Cómo podrán defenderse los que no saben las razones de nuestra fe cuando reciban los ataques de alguna de esas bestias venenosas que hoy tanto abundan?

Si yo tuviera que hablar de mí mismo os diría que, desde luego no fui convertido por la lectura de un libro apologético; pero cuando ya convertido llegaron a mis manos y los leí por primera vez, confieso que fueron ellos algunos de los que más alegría y paz interior me han proporcionado. Ellos robustecieron mi fe,y me sentí feliz y daba muchas gracias a Dios porque, siendo tanto el error del mundo, a mí me habían apartado de él y me habían hecho conocer la verdad.

Ojalá, amigos míos, que la lectura de este libro fortalezca más nuestra fe y nos dé valor para confesarla.

ANDRÉS CODESAL
El Editor,

LA EXISTENCIA DE DIOS

Como no faltan quienes pongan en duda la existencia de Dios, y los marxistas se atreven a negarla, por eso me muevo a titular este pequeño libro como veis, y dedicárselo con agrado para hacerles reflexionar sobre las razones existentes acerca de Dios y sobre las que ellos aportan.

Cierto día mandé a un «testigo de Jehová» el libro que titulo: *«A mis amigos los testigos de Jehová»*, y me contestó llamándome mentiroso, porque los llamaba «amigos» y luego decía que hablaba mal de la secta; mas le repliqué diciendo que volviera a leerlo despacio, y vería que los llamaba «amigos», porque los amo de verdad, pues una cosa es la persona y otra el error.

Yo amo ciertamente sus personas, pero repruebo sus doctrinas por contener errores, y esto mismo digo a cuantos se aprecian de marxistas o ateos, y precisamente porque amo sus personas y repruebo el gran error en que están respecto a Dios, les recomiendo reflexionen sobre las razones que aquí pongo y las que ellos aducen, para que, viendo tal error, se aparten de él y sigan por el camino de la verdad y del bien.

Las corrientes racionalistas y ateas

En nuestros días no faltan corrientes racionalistas y ateas que niegan la posibilidad de hablar científicamente de Dios, y quieren se deje a un lado todo estudio teológico, o sea, con relación

a Dios, siguiendo a Carlos Marx, dicen que «desvía al hombre de la consideración de este mundo».

Por este motivo, para oponerse a las verdaderas pruebas con las que se demuestra claramente la existencia de Dios, como es vg. el principio evidente de causalidad, o sea, el que establece que por medio de los efectos (las cosas creadas) podemos llegar al conocimiento de su causa (Dios creador) (y conviene tenerlo presente), ellos terminan recurriendo a las teorías de los juegos lingüísticos o a las teorías «no cognoscitivas» y «cognoscitivas»... y de este modo consiguen embrollar las ideas, no resolver la cuestión y así desvían del concepto de la verdadera ciencia teológica.

«El ateismo, ha dicho el Vaticano II, es uno de los fenómenos más graves de nuestro tiempo» (GS. 19).

Existen hombres ateos?

Al preguntar si existen hombres *ateos*, queremos decir si hay hombres que nieguen la existencia de Dios.

Yo diría que difícilmente existen verdaderos ateos que nieguen a sangre fría y con convicción la existencia de Dios.

Lo que sí hay son:

1) *Ateos prácticos*, es decir, hombres que admiten que Dios existe, pero desgraciadamente vi-

ven como si Dios no existiera. Estos son los hombres más infelices del mundo; porque si, teniendo en cuenta las grandes y evidentes pruebas que nos demuestran su existencia, es una gran locura no creer en Dios, ¡qué locura no será creer en Él y burlarse de sus mandamientos!

2) *Ateos de corazón,* que les da miedo que haya un Dios que los castigue por su vida depravada, y desearían que no existiera a fin de poder entregarse libremente a sus pasiones sin remordimientos de conciencia, y

3) *Ateos de espíritu,* que son aquellos que cerrando los ojos a todo razonamiento lógico, solamente escuchan las razones contradictorias de los que odian a Dios, razones que en vez de dar luz solamente ofuscan y oscurecen la verdad, y engañados por tan absurdos sofismas no quieren creer en Dios.

De entre éstos, unos son *excépticos* y otros *agnósticos,* que dicen que todavía no se ha demostrado eficazmente la existencia de Dios o que la idea de Dios no es demostrable.

Muchos de los ateos de nuestros días, no quieren convencerse de las razones que demuestran la existencia de Dios, sin duda porque su vida no es conforme con la idea de Dios y no quisieran tener que arrepentirse, por lo cual solamente atienden a las razones confusas y contradictorias de los que niegan su existencia, tratando de hallar alguna razón en que apoyarse para no creer en Él y poder tranquilizar sus conciencias.

Los ateos nunca hallarán razones convincentes en que apoyar su tesis, porque no existen, y así aunque afirmen que no creen, en sus corazones les sigue atormentando la duda.

Séneca decía: «Mienten todos los que dicen que están convencidos de que Dios no existe: pues aunque lo afirmen de día, sin embargo de noche cuando están solos comienzan a dudar».

«En esto consiste el pecado más grande —dice Tertuliano—, en no querer reconocer a Aquel a quien no se puede ignorar» (Apol. c. 17).

Por eso decía Jesucristo: «*Él que cree en Él, no es juzgado; pero el que no cree ya ha sido juzgado... Y el juicio de Dios consiste en que vino la luz al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz porque sus obras eran malas*» (Jn. 3, 18-19).

Las causas del ateismo las podemos reducir principalmente a dos:

1) *El orgullo*, que oscurece la razón. Por eso decía Jesucristo a los orgullosos fariseos: «*¿Cómo podéis vosotros creer, si admitís alabanza unos de otros y no buscáis la gloria que viene de sólo Dios?*» (Jn. 5, 44).

2) *La corrupción del corazón*. Bien claro lo dijo Jesucristo: «*Todo el que obra mal aborrece la luz y no viene a la luz, porque sus obras no sean reprendidas. Pero el que obra la verdad* de acuerdo con su conciencia, *viene a la luz para que sus obras sean manifestadas, pues están hechas en Dios*» (Jn. 3, 20-21).

¿Cómo demostrar que existe Dios?

¿Hay razones claras que demuestran la existencia de Dios?

Dicen algunos: «No hay razones seguras para creer, ni las hay para no creer». «Tan difícil es demostrar que Dios existe, como demostrar que no existe». «Pues si hubiera razones claras y evidentes que demuestran la existencia de Dios, ¿cómo es que hay tantos ateos?»

El que haya ateos no es un argumento que demuestre que no hay razones claras para creer; únicamente podría demostrar que, a pesar de la claridad de las razones que nos demuestran a Dios, hay personas que no lo ven ni lo entienden, o al menos no lo quieren entender. Es más. Los argumentos de los que no creen en Dios no convencen ni a los mismos que los inventan. Bien quisieran poder convencerse para tranquilidad de sus conciencias, pero no pueden conseguirlo como a veces han dicho algunos cuando alguna vez han sido sinceros.

Para demostrar la existencia de Dios podemos valernos de la razón humana, o sea, de nuestras fuerzas naturales, y de la revelación divina.

Hemos de empezar por los sencillos argumentos de razón. La razón humana nos dice que existe un ser perfectísimo, ser supremo, infinito, completamente independiente de las criaturas, el cual es al mismo tiempo causa eficiente y final de todas las cosas. Todo esto es demostrable en Filosofía.

El Concilio Vaticano I condenó el tradiciona-

lismo rígido y el agnosticismo de cualquier clase con estas palabras:

«La misma Santa Madre Iglesia sostiene y enseña que Dios, principio y fin de todas las cosas, puede ser conocido con certeza por la luz natural de la razón humana partiendo de las cosas creadas» (Dz. 1785).

Prescindimos ahora de las pruebas de la revelación sobrenatural, y sólo citaré las primeras palabras de la Biblia: «*Al principio Dios creó los cielos y la tierra...*» (Gén. 1, 1).

Notemos que dice: «*Al principio DIOS*». Lo primero que se nos revela es el dogma fundamental de la verdadera religión: *La existencia de un Dios único,* que aparece antes que el mundo cuando no existía nada, sino solamente Él.

«*Al principio*», quiere decir «*al comienzo del tiempo*» cuando fuera de Dios no existía nada... Como nota San Agustín: Dios creó a la vez el tiempo y las criaturas...

La existencia de un ser supremo

Principio inconcuso: Tenemos que empezar por admitir que siempre ha existido algo *eterno e increado,* es decir, un ser necesario a quien nadie ha creado y que existe por la fuerza de su propia naturaleza.

Es muy difícil, por no decir imposible, que haya hombres que nieguen la existencia de un alguien sobrenatural y misterioso que gobierna y dirige el mundo y toda la complicadísima y no menos perfecta maquinaria de la naturaleza.

Ese alguien en el que todos creemos, que di-

rige y gobierna el mundo, no pudo surgir espontáneamente de la nada, porque la nada no puede hacer ni crear nada; tampoco pudo crearle alguien porque precisamente estamos hablando del primero. Por tanto, si no surgió de la nada ni pudo ser creado por nadie, necesariamente ha de ser *eterno.*

Tú has tenido unos padres, y estos tuvieron otros... ¿De dónde vienen los primeros?... Es evidente que si Dios, el Ser eterno no existiera, tampoco nosotros, ni existirían el cielo ni la tierra, ni nada. Luego la causa primera del universo no puede ser otra que Dios.

¿Quién es Dios? Nosotros llamamos Dios precisamente a ese Ser supremo creador y gobernador del mundo y de todas las cosas. Muchos ateos reconocen que tiene que haber un alguien creador y gobernador del mundo, pero se niegan a llamarlo Dios.

¿Cómo podemos conocer la existencia de ese Ser Supremo que dirige y gobierna el mundo? Es un principio de filosofía que por los efectos se pueden conocer las causas que los producen. Si nos dice la ciencia que hace muchos millones de años no existía el mundo ni las estrellas ni nada material de todo lo que ahora existe, ¿quién lo hizo? Si estudiamos el cuerpo humano o tantas cosas maravillosas que existen y son perfectísimas para sus fines, donde se vislumbra una técnica y una sabiduría que deja atónitos a los sabios, ¿no comprendemos que el Creador de todo eso necesariamente ha de ser mucho más sabio e inteligente que nosotros?

PRUEBAS DE RAZON

1.° Por las cosas creadas

Por las cosas que vemos en el mundo conocemos un ser superior que las ha hecho. En la Sagrada Escritura (considerada como libro histórico) tenemos estos claros testimonios:

1) **Por el libro de la Sabiduría** (13, 1-9) donde se dice:

«Vanos son por naturaleza todos los hombres que carecen del conocimiento de Dios, y por los bienes que disfrutan no alcanzan a conocer al que es la fuente de ellos, y por la consideración de las obras no conocieron al Artífice... Pues de la grandeza y hermosura de las criaturas, por razonamiento se llega a conocer al Hacedor de éstas... Porque si pueden alcanzar tanta ciencia y son capaces de investigar el universo, ¿cómo no conocen más fácilmente al Señor de él?»

Aquí se nos dice que los paganos pudieron conocer la existencia de Dios, y porque carecen de esta ciencia los reprende llamándolos *vanos, necios...*, pues pudieron conocer a Dios con el mismo entendimiento que conocen las cosas de

este mundo, las cuales se pueden conocer con la luz de la sola razón natural, y *por medio* de ellas, por el mundo visible que nos rodea, por la grandeza y hermosura de las cosas creadas pudieron llegar al conocimiento de su Hacedor.

2) Por el testimonio de San Pablo (Rom. 1, 18 ss).

«Pues la ira de Dios se manifiesta desde el cielo... En efecto, lo cognoscible de Dios es manifiesto entre ellos, pues Dios se lo manifestó: porque desde la creación del mundo, lo invisible de Dios, su eterno poder y su divinidad son conocidos mediante las criaturas. De manera que son inexcusables por cuanto, conociendo a Dios, no le glorificaron como a Dios ni le dieron gracias..., y alardeando de sabios, se hicieron necios...»

En este texto, se ve también claramente como los paganos no sólo pudieron, sino que de hecho conocieron a Dios y no le glorificaron y por eso son inexcusables y dignos de reprensión. El *eterno poder y la divinidad* son cognoscibles mediante las criaturas por la sola razón natural sin otro auxilio sobrenatural.

3) Por el conocimiento de la ley natural mediante la propia conciencia.

Tenemos que reconocer que Dios ha grabado su Ley en nuestros corazones, y así nos lo dice el apóstol:

«En verdad, cuando los gentiles, guiados por la razón natural, sin ley cumplen los preceptos de la ley, ellos mismos, sin tenerla, son para sí mismos ley. Y con esto muestran que los preceptos de la ley están escritos en sus corazones, siendo testigo su conciencia y las sentencias con que entre sí unos y otros se acusan o se excusan» (Rom. 2, 14-15).

Los paganos, aun cuando no tienen una ley escrita como la tienen los judíos, sin embargo experimentan en su interior la obligación de observar la ley natural grabada por Dios, lo que supone ya cierto conocimiento más o menos confuso de Él como legislador.

4) Por la razón teológica.

Esta es una confirmación de lo dicho, pues el objeto de nuestros sentidos son las cosas sensibles o los fenómenos: pero lo propio del entendimiento humano es penetrar en las *causas últimas de las cosas.*

Ahora bien, las cosas sensibles, como contingentes o producidas que son, exigen una causa última necesaria; y esta causa última y necesaria, de la que todo depende y a la que todo tiende, es el Ser que necesariamente existe.

Luego fácilmente se deduce que el entendimiento humano puede llegar a conocer con certeza la existencia de Dios (St. T. 1, q. 12, a. 12).

Consecuencia lógica

Después de lo dicho, no cabe duda que los cuerpos celestes y terrestres que vemos, nos obligan a admitir la existencia de Dios. Las estrellas del cielo, y la tierra con sus criaturas *no pueden haberse originado por sí mismas*, ni los astros pueden moverse en los cielos por sí mismos, pues como dice un principio de física: «Un cuerpo en reposo no puede ponerse en movimiento si no hay una fuerza exterior que lo mueva...».

La existencia, pues, de los cuerpos celestes nos conducen a la afirmación de la existencia de Dios, y por lo mismo diremos con el profeta Isaías (40, 25): «*Alzad a los cielos vuestros ojos y mirad: ¿Quién los creó?*». ¿Quién no ve que las estrellas del firmamento manifiestan la omnipotencia de Dios y que las inmensas riquezas de la creación muestran su bondad?

En realidad este mundo no puede haberse formado por sí mismo, como ni una ciudad haberse edificado por sí sola, pues «no hay efecto sin causa». Si vemos una casa, un cuadro, una estatua, inmediatamente se nos ocurre la idea de un albañil, de un pintor, de un escultor que hayan hecho esas obras.

Una obra supone un obrero. Un reloj supone un relojero..., así el mundo supone y prueba la existencia de Dios, causa primera de todos los seres.

Narración. Un día durante la revolución de 1793, el impío Carrier decía a un campesino de Nantes:

—Nosotros vamos a derribar vuestros campanarios y vuestras iglesias.

—Es posible, contestó el campesino, pero *nos dejaréis las estrellas*, y mientras *este alfabeto del buen Dios* exista, nos servirá para enseñar a nuestros hijos a deletrear su nombre adorable.

Así para probar que Dios existe, no hay necesidad de largos discursos: basta abrir los ojos y contemplar las maravillas de la creación. (*Hillaire*. La Rel. Demostrada.)

Todas las cosas nos hablan de Dios

«Pregunta a las bestias y ellas te enseñarán: a las aves del aire, y te lo dirán; a los reptiles de la tierra y te instruirán, y te lo harán saber los peces del mar. ¿Quién no ve en todo esto que es la mano de Dios quien lo hace, de Dios que es el Dueño de todo viviente, y el espíritu de todos los hombres» (Job 12, 7-10).

Sólo Dios es el que existe *por sí mismo*. Como dijo a Moisés en la zarza encendida: *YO SOY, Yahvé, el que es. Yo soy* por mi esencia. Todos los demás seres reciben el que tienen de Dios.

Un ejemplo práctico. El célebre astrónomo Atanasio Kircher, fallecido en Roma el año 1680, tenía un amigo que negaba la existencia de Dios y afirmaba con frecuencia que los cuerpos celestes se habían producido por sí mismos.

En una de las visitas que hizo al astrónomo, observó en un rincón de la estancia de éste un globo labrado con arte exquisito, por lo que preguntó a Kircher: «¿Quién ha hecho este hermoso globo?» Respondió el astrónomo: No lo ha hecho nadie; se ha producido por sí mismo.

El amigo tomó a mal esta contestación, por lo cual añadió el sabio: «Si las inmensas esferas celestes se han hecho por sí mismas, ¿por qué no habrá podido hacerse por sí misma esta pequeñísima esfera?»

Con esta respuesta quedó muy pensativo el amigo incrédulo, que llegó por fin a reconocer que su argumento carecía de toda fuerza.

2.° Por el movimiento, el orden y los seres vivientes del mundo.

Algunos dicen: Estos argumentos ya los utilizaba Santo Tomás. Esto, lo único que nos pone de manifiesto que son verdaderas pruebas, y si nosotros las utilizamos también es porque convencen a todos los hombres razonables.

1) El mundo se mueve.

Por consiguiente, debe existir un Motor. Y ¿quién es ese Motor sino Dios? La ciencia demuestra que la materia es inerte, y que ningún cuerpo puede ponerse en movimiento por sí mismo. En consecuencia, existe un Ser infinito que imprime movimiento a todo el universo, y Él es su Supremo-Ordenador, y como todo movimiento supone un motor, es necesario llegar a un *primer motor inmóvil*. Y este motor inmóvil, motor también *eterno y necesario* que pone todo en movimiento no es otro que Dios.

Si la tierra, el sol, la luna y las estrellas recorren órbitas inmensas sin chocar jamás unas con otras, si la misma tierra es un globo colosal de cuarenta mil kilómetros de circunferencia, que

realiza, según afirman los astrónomos, una rotación completa sobre sí mismo en el espacio de un día, moviéndose los puntos situados sobre el ecuador con la velocidad *de veintiocho kilómetros por minuto...*, todo nos proclama la existencia de un movimiento, y como todo movimiento, como hemos dicho, suponga un motor, ¿quién puede ser ese motor sino Dios?

2) El orden que reina en el mundo.

Este orden supone una causa superior inteligente. Todos vemos que en el universo reina el orden más perfecto: cada cosa está en su sitio. El día sucede a la noche, y ésta a aquel; las estaciones suceden a las estaciones. La tierra, los cielos, las estrellas y los diversos elementos del universo, todo concurre a la armonía maravillosa del conjunto... ¿No supone este admirable orden un ordenador inteligente? Y ¿quién puede ser sino es Dios?

No han faltado quienes se hayan atrevido a decir que el universo es obra de la *casualidad*, mas la casualidad no existe, es una palabra inventada por el hombre para disimular su ignorancia, y la casualidad no puede producir nada. Poned piedras y ladrillos en un montón, ¿podrán ellas hacer una casa por sí mismas, si no hay albañiles que las vayan colocando en orden? Igualmente, arrojad miles de letras mezcladas en una imprenta, ¿podrán llegar a formar un libro, si no hay un obrero que las ordene?... ¡Jamás!

3) La existencia de los seres vivos.

Son otra prueba para demostrar la existencia de Dios. Las ciencias *físicas y naturales* nos enseñan que hubo un tiempo en que no existía ningún ser viviente sobre la tierra. ¿De dónde, pues, ha salido la vida que ahora existe en ella: la vida de las plantas, la de los animales y la vida del hombre?

Los ateos dicen que ha brotado de la *materia por generación espontánea,* mas nadie puede admitir esto, porque la materia carece de vida, y por lo mismo no puede darla, y después de los experimentos de Pasteur, ya no hay sabios que admitan ni se atrevan a defender *la hipótesis* de la generación espontánea. Luego es necesario reconocer una *causa distinta del mundo*, que fecunda la materia y hace brotar la vida, y, por tanto, la existencia de los seres vivientes prueba la existencia de Dios.

4) Los semblantes de todos los hombres y mujeres existentes.

Entre tantísimos millones de seres humanos que ha habido y hay en el mundo, ¿quién puede hallar algunas «caras» iguales? ¿Quién ha podido hacerlas todas diferentes unas de otras? Algunos han dicho ante este hecho maravilloso: ¡Qué sabia es la naturaleza! Pero, ¿quién es el autor de la naturaleza o quién ha creado a la humanidad entera si no es Dios? Para mí la diferencia exis-

tente entre los «semblantes» de los seres humanos es una gran prueba de la existencia de Dios. Sólo Él ha podido hacer que entre millones y millones de personas exista la desigualdad que vemos.

3.º *Por el testimonio de los sabios*

1) Filósofos griegos.

— *Platón* (427-347 a. C.): «El ateismo es una enfermedad del alma, y ninguno que ha sido ateo durante la vida, llega siéndolo a la vejez».

«Vosotros deducís que yo tengo un alma inteligente, porque advertís orden en mis palabras y acciones: concluid, pues, contemplando el orden que reina en este mundo; que existe también un alma soberanamente inteligente, que existe un Dios.»

— *Sócrates* (469 a. C.) decía a los ignorantes presumidos y soberbios: «Sólo Dios es verdaderamente sabio».

— *Plutarco* (46-120 d. C.). «Si recorres la tierra podrás hallar ciudades sin murallas, sin literatura, sin leyes, sin riquezas; pero no hallarás ninguna sin templos, sin dioses, sin oraciones... Tengo por cosa más fácil fundar una ciudad en el aire que juntarse los hombres y perseverar unidos sin religión y sin Dios.»

No hay duda que «el consentimiento de todos los pueblos» es otra prueba de la existencia de Dios, pues todos, cultos o bárbaros, en todas las

zonas y en todos los tiempos, han admitido la existencia de un Ser supremo.

Esto nos dice que es imposible que todos se hayan equivocado acerca de una verdad tan importante y tan contraria a las pasiones, por eso debemos exclamar con la humanidad entera: *¡Creo en Dios!*

2) Filósofos latinos.

— *Cicerón* (106-43 a. C.), gran escritor romano: «¿Quién es tan necio que mirando al cielo, no sienta que existe Dios?...». «No hay pueblo tan salvaje ni hombre tan rudo, que no crea en un Dios, aunque desconozca la naturaleza de éste.»

— *Séneca* (siglo I de nuestra era), escritor romano: «Todo hombre tiene conocimiento de Dios, y jamás ha habido un pueblo tan fuera de toda ley y moralidad que no crea en Él».

3) Testimonios de astrónomos y físicos.

— *Copérnico* (nació en Polonia en 1573): «No se puede contemplar el orden magnífico que gobierna el universo sin mirar ante sí y en todas las cosas al creador del mismo, fuente de todo bien».

— *Kepler*, astrónomo alemán (nació en 1571): «Día vendrá en que podremos leer a Dios en la naturaleza como leemos en las Sagradas Escrituras».

— *Newton, astrónomo, físico y matemático* (1642-1727): «El orden admirable del sol, de los

planetas y cometas es obra de un Ser Todopoderoso e inteligente...». «Quien niega la existencia de Dios merece ser encerrado en un manicomio».

— *Volta, físico italiano* (1745-1824 escribe: «He estudiado y reflexionado mucho: Ahora ya veo a Dios en todo».

— *Linneo* (nació en Suecia en 1707) declaró: «En todas partes, en los minerales, las plantas y los animales, hallé las huellas de un Dios eterno, omnipotente, sabio y bondadoso. Lleno de asombro y admiración me postro ante Él en el polvo y le adoro».

A la lista de los sabios citados podíamos añadir los nombres de Herschel, Pasteur, David Umfri, Faye, Marañón y muchos más, y finalmente decir con el Dr. Jellineck, profesor de la Politécnica de Danzig: «El hombre que no ha llegado aún al desenvolvimiento espiritual necesario, es un enfermo de la vista, es como un ciego que por sus cataratas no puede percibir el encanto de un panorama albino que tiene entre sus ojos...».

Dios, ciertamente, no puede ser ignorado. Sólo el ignorante niega su existencia. El rey y profeta David llama en el Salmo 14 «necios» a los ateos: «*Dijo el necio en su corazón: No hay Dios*».

Advertencia: Estos y otros muchos testimonios, como el de las ciencias: la filosofía, la astronomía, la física nuclear, la biología, la zoología y la botánica, que hablan elocuentemeste del Dios sapientísimo, eterno y omnipotente, puedes hallarlos en la obra concebida con erudición y escrita con estilo moderno del P. Jesús Simón S.I., titulada: A DIOS POR LA CIENCIA.

Además, para los que deseen conocer las grandezas de Dios, sus infinitas perfecciones, les recomiendo otro libro mío, titulado: EL DIOS DESCONOCIDO.

4) Testimonios de astronautas.

Muchos son los testimonios de los astrónomos, pero aún es mayor el número de los astronautas que nos hablan de la existencia de Dios.

Se ha dicho que el soviético Yuri Garin, declaró a su regreso a la tierra que no había visto a Dios en su vuelo (bien modesto, por cierto, comparado con los posteriores).

A Dios, naturalmente, nadie lo puede ver con los ojos del cuerpo, porque Él es espíritu, pero es fácil verlo en las maravillas de la creación. De todos modos no parece haya tenido imitadores entre sus colegas soviéticos; mientras que los americanos, como veremos, han sentido reforzada su fe en el Creador y la han proclamado abiertamente.

El programa Apolo, cuya finalidad principal era la de hacer llegar el hombre a la luna, se cerró en diciembre de 1972 con el viaje del «Apolo XVII». Empezaré por citar los testimonios más actuales del «Apolo XV» (y algunos más recopilados por el Dr. M. Val, profesor de un Instituto de Madrid en un breve trabajo titulado «Religión y ciencia»).

— *David Scott*, comandante de esta misión. De él sólo conocemos esta breve, pero elocuente frase: «El viaje ha reforzado nuestra fe en Dios».

— *Alfred Worden*, piloto del módulo de man-

do, se ha mostrado más explícito al decir: «Durante mis 75 órbitas pensaba: la tierra, vista desde la luna, hace aparecer a todos los hombres iguales, sin divisiones políticas, raciales o religiosas; todos nuestros problemas nos llevan así a Dios».

— *James Benson Irwin*, piloto del módulo lunar del «Apolo XV» llegó a la luna en el verano de 1971, batiendo el récord de permanencia en el satélite con un tiempo de 66 horas y 54 minutos. Entrevistado por el periodista A. Mazure en su casa de Colorado Springs, afirmó entre otras cosas:

«Estar en la luna es, por supuesto, muy interesante desde el punto de vista científico, pero aún lo es más desde el punto de vista espiritual; puedo decirlo por experiencia personal. Todos los astronautas hemos cambiado profundamente, y algunos lo admiten públicamente. Otros perfieren no hablar de ello; pero todos hemos cambiado.»

«La cuestión está —continúa Irwin— en que cuando uno se encuentra en una misión espacial ve la tierra desde una perspectiva enteramente nueva. Cuando volvía de la luna, mis ideas sobre lo que es la tierra habían cambiado muchísimo. Anteriormente nunca fui un tipo muy religioso, pero de aquella misión regresé convertido en un creyente. Cuando digo esto, la gente se sorprende. Todos creen que los astronautas son ante todo científicos y que la conquista del espacio es el triunfo de la ciencia y del materialismo; así que cuando digo que mi experiencia como astronauta me permitió descubrir a Dios, muchos sonríen...»

«Desde la perspectiva del espacio hemos visto nuestra tierra, pequeña y bellísima; recordábamos las cosas espléndidas que hay en nuestro planeta y hemos pensado que debía haber también *alguien* sobrenatural, que haya intervenido para disponer todas estas magníficas cosas; sensaciones que no teníamos antes, porque pensábamos que el satélite era un cuerpo desolado, y hemos descubierto después que era maravilloso... y pensando sobre la belleza de lo que había visto, tratando de esbozar en mi mente una impresión duradera de la belleza de aquellas montañas (las "Hadley Delta"), aparecían como estribillo las palabras de mi pasaje bíblico favorito, de los Salmos: *"Alzo los ojos a los montes, de donde me ha de venir el socorro. Mi socorro ha de venir de Yahvé"*.»

Los primeros hombres que pisaron la luna

Estos fueron los de la tripulación del «Apolo XI», que estaba compuesta por el comandante, Neil Armstrong, el piloto del módulo lunar, Edwin E. Aldrin y el del módulo de mando, Michael Collins.

— *Neil Armstrong* fue el primer hombre que piso la luna, musulmán practicante, que vivió luego como un eremita. Este al expresar, en nombre de sus compañeros, las gracias a los cientos de personas que habían colaborado en el éxito lunar, su voz estuvo ahogada por la emoción y terminó exclamando: «¡Dios os bendiga!»... «No he encontrado nada en el «Apolo XV» o en esta era

espacial y científica que haya diluido mi fe en Dios. En realidad, mientras estuve en al luna, noté una sensación de inspiración, un sentimiento de que alguien estaba conmigo, observándome y protegiéndome. Varias veces, las tareas que teníamos que realizar parecían imposibles, pero todo salió bien».

— *E. Aldrin*, durante el largo viaje de regreso a la tierra, después del histórico alunizaje, recitó los versos 4 y 5 del Salmo 8: «Cuando contemplo los cielos, Señor, obra de tus manos, la luna y las estrellas que Tú has establecido, exclamo: ¿Qué es el hombre, para que te acuerdes de él?».

Cuando vino a Segovia, entrevistado por Miguel Velasco, corresponsal de «ABC», respondió así a la pregunta: «¿Cree usted en Dios? ¿Mas o menos que antes de llegar a la luna?» Sí, sí creo y mucho. Sin embargo cuando estuve allí pude creer de una forma más intensa, mucho más amplia y mucho más firme en la presencia de Dios. Yo nunca estuve solo allí. Cuando volví a la tierra pude comprobar que se había enriquecido mi fe más profundamente».

Pioneros interplanetarios

— *Thomas P. Stafford*, que dirigió como piloto el vuelo alrededor de la luna del «Apolo X» (1969), recitó el Salmo 8: «*Señor, Dios nuestro, ¡qué admirable es tu nombre en toda la tierra! Ensalzaste tu majestad sobre los cielos...*».

— *Frank Borman*, como comandante, *William*

A. Anders, como piloto del módulo lunar y *James A. Anders*, como piloto del módulo de mando, componían la tripulación de la astronave «Apolo VIII» que en diciembre de 1968 realizó el primer vuelo interplanetario del hombre. Al dirigirse hacia la cara oculta de la luna, el 24 de diciembre de 1968, iban a estar desconectados de la tierra durante 45 minutos. Al terminar este período de aislamiento, transmitieron a la estación de seguimiento terrestre las siguientes palabras del primer capítulo del Génesis: «*Al principio creó Dios los cielos y la tierra... Hizo Dios los dos grandes luminares, el mayor para presidir el día, y el menor para presidir la noche, y las estrellas...*»

— *La oración del comandante Borman.* También durante esta misión pudo escucharse que Borman oraba de este modo: «Concédenos, Señor, ver tu amor instalado en el mundo, a pesar de los fallos de los hombres. Danos la fe necesaria para tener confianza en la bondad, no obstante nuestra ignorancia y debilidad. Concédenos inteligencia de modo que podamos continuar rezando con corazón consciente, y muestra a cada uno de los hombres lo que puede hacer para acelerar la venida del día de la paz universal. Amén».

— *Anders*, por su parte, declaró a un periodista, al prepararse para emprender el viaje a la luna: «Cuanto más me adentre en el universo de Dios más creeré en Él. (Los tres astronautas se manifiestan cristianos, aunque ninguno de ellos es católico.)

— *James A. McDiwitt,* ingeniero aeronáutico, piloto militar y después piloto de pruebas en la base militar de Edwards (California), pilotó la astronave «Gemini IV» que completó 62 órbitas alrededor de la tierra, con el copiloto E. White, asistió el 13 de noviembre de 1974 a la Audiencia general de Pablo VI, y al terminar ésta, contestando a preguntas de los periodistas, manifestó: «Creo que es muy importante para un católico tener la oportunidad de ver al Papa y tener la certidumbre de que él está aquí representando al Señor. Es algo muy importante también para mí».

Respondiendo después a otra pregunta, agregó: «En el espacio se tiene realmente la sensación de la grandeza de Dios y de la pequeñez del hombre, sobre todo cuando se ve el lugar donde habitamos, nuestra ciudad, nuestra tierra, tan pequeña frente al espacio infinito, y entonces no se puede menos de reconocer que Dios debe ser algo tan grande que el homgre no logra comprenderlo».

Y ya antes de realizar la misión «Apolo IX» había declarado en una charla mantenida en el Club de Prensa Extranjera de Roma: «No vi a Dios asomarse por la ventanilla de nuestra espacial, y tampoco le veo asomándose por la ventanilla del automóvil cuando estoy en la tierra; pero eso no quita para que reconozca su obra en las estrellas, o al pasear entre las flores de un jar-

dín. Si uno puede estar con Dios en la tierra, también puede estar con Él en el espacio».

— *Leroy Gordon Cooper* fue (junto con Charles Conrad) el primer astronauta con dos vuelos orbitales en su activo: el de la «Faith VII» del programa «Mercury» (mayo 1962) y el de la «Gemini V», que realizó 120 órbitas terrestres, en septiembre de 1966. En el momento de su regreso a la tierra, manifestó: «He podido contemplar algunas de las maravillas que Dios creó, y en mis viajes por el firmamento le he sentido más cerca de mí».

El primer americano en órbita: John Glenn

Finalmente, dejando otros muchos testimonios por no alargar este trabajo, voy a citar el del marino y aviador John Glenn, que voló en 59 misiones de combate en las islas Marshall (1944) y en 90 misiones en Corea. Fue el primer astronauta americano puesto en órbita, y circundó tres veces la tierra el 20 de febrero de 1962. Por entonces publicó un artículo titulado: «Lo que significa el Universo para un explorador del espacio», y de él reproduzco sólo estos dos breves párrafos:

«Deseo llamar la atención del lector sobre el orden evidente del Universo que nos rodea. Tanto las diminutas estructuras atómicas como las galaxias, que tienen un diámetro de millones de años-luz y son la cosa más enorme que alcanzamos a imaginar, se mueven en órbitas determinadas, y en relación las unas con las otras.

»¿Pudo esto ocurrir porque sí? ¿Dio la casualidad de que un puñado de materia comenzó de pronto a describir esas órbitas por designio propio? Yo no lo puedo creer; veo en ello un plan bien definido. Algo muy grande en el espacio me dice que hay un Dios. Alguna fuerza puso todo eso en órbita y lo mantiene en ella...»

(Este último testimonio es una gran prueba contra las afirmaciones de los marxistas y ateos.)

¿Qué dicen los marxistas y ateos?

El marxismo, para negar la existencia de Dios, asienta esta proposición: «La materia es la única realidad existente», o con otras palabras: «Todo es materia, por tanto no hay Dios».

Entablemos diálogo:

Yo os digo a vosotros, marxistas: Si no hay Dios, como afirmáis, sin aducir pruebas (porque no las hallaréis), decidnos: ¿Quién ha hecho la materia? Alguien debe haberla hecho, porque de la nada no puede salir nada...

Ante esta pregunta, ya sé que os refugiais en el ingenioso subterfugio de *la eternidad* de la materia diciendo: es cierto que de la nada no puede salir nada; no obstante, no hay ningún Dios que haya hecho la materia, porque ésta es eterna, es decir, existe desde siempre; por tanto se hizo por sí misma.

¿Cómo os atrevéis a hacer esta afirmación puramente gratuita cuando la misma ciencia no presenta prueba alguna para demostrar la eternidad de la materia? ¿Cómo es posible que una materia

inerte, sin vida, sin inteligencia ni razón, haya podido crear seres vivientes e infinidad de astros en el espacio miles de veces mayores que la tierra, y poner este mundo en el orden admirable que lo vemos con estaciones, días y años? ¿Quién puede explicar este mundo sin la existencia de un Dios inteligente, ser increado, necesario y eterno?

En el año 1951, los avances científicos llegaron a la conclusión, no rectificada, de que hace «cinco mil millones de años», no existían ni el sol, ni la luna, ni la tierra, ni los planetas ni los satélites; ni siquiera átomos de los cuerpos. Se impone, pues, la existencia de un Ser necesario e imprescindible, que fue quien dio vida y existencia a la materia: «esta no es eterna, ni mucho menos».

Y en cuanto a lo que se dice, que jamás tendrá fin, no sostiene lo mismo el exponente máximo del ateismo, Bertrand Rusell, que falleció hace poco tiempo, con sus 95 años y pleno de lucidez, gran matemático y filósofo, que sostiene que la indestructibilidad de la materia, no pasa de ser una UTOPIA.

Y ¿qué dicen los marxistas positivistas?

Estos dicen: Yo no admito *nada real y positivo* fuera de la materia; no reconozco sino lo que se puede comprobar con la experiencia y rechazo como hipotético todo lo que no cae bajo el dominio de los sentidos, y por tanto niego la exis-

tencia de Dios, la espiritualidad e inmortalidad del alma y la vida futura.

¡Nadie ha visto a Dios!... Nadie ha visto a Dios, como tenemos dicho, con los ojos del cuerpo, porque Él es espíritu; pero, aunque no lo veamos, ¿acaso no estamos viendo sus obras? ¿Has visto tú los albañiles y arquitectos que levantaron construcciones maravillosas como las catedrales de Milán, de Sevilla, de Burgos, de Santiago de Compostela y otras? Esas obras y tantos monumentos portentosos nos hablan de artífices inteligentes que existieron, y si levantamos la vista a un cielo tachonado de estrellas y a tantísimas obras magníficas que hay en el mundo, ¿podremos negar que hay un Dios infinito, omnipotente y creador de todas ellas?...

Porque tú no veas el pensamiento o ciudades donde no hayas estado, ¿te atreverás a negar que existan? Dios existe. No os empeñéis en negarlo.

* * *

Los marxistas nos hablan de la influencia de los intereses económicos sobre la historia y sobre las ideas del hombre; mas que influya de hecho en muchas cosas, ¿podrán sostener que este influjo sea único y el más importante?

La existencia de Dios es deducida por la razón humana *independientemente* de los intereses económicos. El hombre deberá dar siempre una respuesta al problema de su existencia y del mundo, incluso en el hipotético advenimiento de la

sociedad comunista, y por lo mismo reconocer a Dios.

El que lee libros y literatura de Marx y sus seguidores (¡esa sí que es producto de la imaginación de los autores del marxismo!), si en vez de leer tales conceptos ideológicos, que contienen afirmaciones gratuitas, leyese el Evangelio de Cristo y lo estudiara debidamente, al reconocer que es una persona histórica que nació en Belén de Judá en tiempo de César Augusto y conociera que Él es Dios como lo demostró con sus milagros y profecías, especialmente el milagro de su resurrección, sabría a su vez que toda otra doctrina palidecería al lado de la suya, y sin duda aceptaría toda su revelación mediante la fe.

Si creemos en el testimonio de otros hombres sobre cosas que no hemos visto, ¿por qué no dar fe o crédito a las palabras de Jesucristo consignadas en el Evangelio y que nos revelan la solución de todos los problemas que atormentan a la humanidad?

Razón y fe, estas dos sublimes actividades del hombre son anteriores e independientes de las condiciones económicas en que el hombre vive; no son, por esto, una *supraestructura,* como ellos dicen, porque nacen directamente *del hombre en cuanto hombre.*

Consecuencias funestas del ateísmo

Amigos míos: Quiero terminar este pequeño trabajo diciendoos a todos los que vivís alejados

de Dios, que volváis la vista a Él, porque el ateismo conduce a las más funestas consecuencias.

Si no hubiera Dios ni otra vida, el hombre quedaría privado de todo consuelo en las miserias de la vida, se destruiría la moral y el hombre se entregaría a sus perversas pasiones, haciendo imposible la sociedad.

Si no hay Dios, la sociedad es imposible, pues sin Él no se conciben virtudes sociales, ni justicia, ni caridad, ni espíritu de sacrificio, ni patriotismo.

Todas las sociedades desde el origen del mundo hasta ahora, han reposado sobre tres verdades fundamentales: *la existencia de Dios, la del alma y la de la vida futura*. Removed estas tres bases morales, y arrojaréis las sociedades al abismo de las revoluciones y las condenaréis a muerte.

Los horrores y las matanzas de la Revolución del 93 y de la *Commune* de París en 1871, no eran más, como se ha reconocido, que el ateismo en práctica.

Para el fundamento estable de la sociedad es necesario el reconocimiento de la existencia de Dios.

EPILOGO DEL EDITOR

¿Existen los ateos?

Mi querido amigo don Benjamín me ha mandado este folleto para que lo publique; pero yo me pregunto: ¿A quiénes podrá interesarles? ¿Existen realmente los ateos? Con su presunto permiso le voy a poner a su folleto este epílogo.

Tengo cincuenta y seis años v durante mi vida he tratado a mucha gente, buenos y malos, pero no recuerdo haberme encontrado nunca con alguien que hablando en serio me haya negado la existencia de Dios.

Hasta las personas más pervertidas y viciosas, cuando se hallan serenas y hablan en serio confiesan sus dudas y afirman creer en un Alguien superior que es quien gobierna y dirige el mundo.

Creo que solamente he oído negar a Dios a don Santiago Carrillo, y sospecho que no dice la verdad, porque para mí quien niega a Dios es tonto, y yo a don Santiago Carrillo no lo tengo por tonto.

Pues entonces, si todo el mundo cree en Dios, ¿a quién puede interesar este libro?

Pero me interesa hacer la pregunta ahora de esta manera: Si todo el mundo cree en Dios, ¿có-

mo es que casi todos viven como si Dios no existiera?

Recuerdo que cuando yo era un muchacho vivía en un pueblo pequeño donde todos nos conocíamos y cada cual se preocupaba de sus asuntos sin que a nadie le preocupara la existencia de Dios.

El párroco en la catequesis nos hablaba de Dios y nos enseñaba y hacía aprender el Catecismo Astete, pero luego los muchachos mayores nos afirmaban que no había más mundo que este y que la religión era un invento de los curas.

Yo sabía que lo que decían los muchachos mayores eran bromas sin fundamento, pero deseaba creerles para no tener que arrepentirme de mis pecados y cambiar de vida. Consideraba que creer en Dios y seguir en el pecado era la más absurda y estúpida locura.

Recuerdo que por aquel entonces la razón me quería convencer de la existencia de Dios, pero yo me esforzaba por olvidarlo y apartarlo del pensamiento porque no quería dejar mis pecados y su recuerdo lo único que hacía era estropearme la fiesta.

Pero en aquellos días me dijeron que un muchacho que yo conocía se había vuelto loco. Indagué qué clase de locuras eran las que hacía y por lo que pude averiguar, sólo era que había tomado en serio la salvación de su alma.

Cuando los demás muchachos hablaban o comentaban cosas impuras y deshonestas él los reprehendía y si no le hacían caso se alejaba de ellos.

Entonces yo pensé seriamente: «No sé quién tendrá la razón, si el cura que nos dice que existe Dios, que castiga a los malos y premia a los buenos, o si como dice la gente, la religión es un invento de curas y todo acabará con la muerte».

Y seguí pensando: Como sea el cura el que dice la verdad, en este pueblo no hay un tonto, sino que en realidad todos estamos tontos y este muchacho que todos tienen por tonto será el único inteligente...

Entonces este pensamiento empezó a hondar profundamente en mi corazón, y comprendí que aquel muchacho no estaba loco y traté de imitarle apartándome del pecado y haciendo oración. Desde entonces empezó a hacerse un gran claro en mi mente y me sorprendí de la gran locura de los hombres que teniendo tantas pruebas de la existencia de Dios no queremos reconocerlo.

Desde entonces estoy convencido que el gran mal del mundo no está en la falta de fe sino en la falta de reflexión.

Los pecadores no viven con sus pecados porque no tienen fe, sino porque procuran apartar de su mente el pensamiento de la muerte y sobre todo el pensamiento de la eternidad.

Decía San Juan de Avila: «El que cree en la eternidad y no se hace santo, merecía que lo encerrasen en una casa de locos».

También lo dicen aquellos versos:

Yo, ¿para qué nací?
Para salvarme.

Dejar de ver a Dios y condenarme
dura cosa será, pero posible.
¡Posible!
Y, ¿tengo amor a lo visible?
¡Posible!
¿Y río y duermo y quiero holgarme?
¿En qué me ocupo? ¿En qué me encanto?
¡Loco debo ser si no soy santo!

En mi libro titulado «El Secreto de la Felicidad» he demostrado que todas las criaturas racionales luchan por conseguir la felicidad, y tan convencidos estamos de esta verdad que si alguna vez vemos a alguien que hace algo que desde cualquier parte que se mire comprendemos que no le puede hacer bien, en seguida sospechamos que el que así obra está loco. Estamos seguros que nadie puede querer su desgracia y por eso afirmamos que el que voluntariamente busca su infelicidad, necesariamente ha de estar loco.

Pero algunos me dirán: ¿Es que ahora vas a afirmar que todo el mundo está loco?

A estas preguntas responderé con las mismas palabras de Jesucristo a los judíos cuando le dijeron: «*¿Acaso también nosotros estamos ciegos? Jesús les dijo: Si fueseis ciegos no tendríais culpa; más porque decís: "Vemos", es por eso que vuestro pecado permanece*» (Jn. 9, 40-41).

Hay locos que nó son culpables, porque lo son por enfermedad; pero hay otros que lo son voluntariamente porque se niegan a razonar. Personas muy inteligentes para los negocios del mundo, pero que no admiten en su cabeza un pensamien-

to serio sobre Dios, porque están muy agusto con su forma de vivir que es completamente contraria a lo que pide Dios.

¿Acaso no es una gran locura querer burlarse de Dios de quien depende nuestra vida y nuestra felicidad?

¿Pues no es querer burlarse de Dios el volverle las espaldas mientras somos jóvenes con la intención de arrepentirnos cuando seamos ancianos para no perder el cielo?

Él dijo: «Felices los pobres, los que pasan hambre, los que lloran, los castos, los perseguidos...»

¿Pues no nos burlamos de Él cuando buscamos las riquezas y los placeres, los honores y las diversiones pecaminosas que nos ofrece el mundo?

¿No le estamos tratando de loco cuando afirmamos que la felicidad está en la riqueza, en los honores y en los placeres?

Pues si Él dijo: «Felices los pobres...» ¿Por qué nosotros buscamos con tantas ansias las riquezas?

Si Él dijo: «Felices los limpios de corazón...» ¿Por qué insistimos buscando con ansia los placeres impuros de la carne?

Si Él dijo: «Felices los que lloran...» ¿Por qué nosotros preferimos y buscamos con ansia las diversiones mundanas prefiriendo las risas al llanto, desechando de nuestro corazón todos los pensamientos serios?

Cuando así obramos, con nuestro comportamiento nos burlamos de Dios y le estamos llamando loco que no sabe lo que dice.

Pero Él mismo nos dice en la Biblia: «*No os engañéis; de Dios nadie se burla; pues lo que el hombre siembre, eso mismo cosechará: el que siembra en su carne, de ella cosechará la corrupción; pero el que siembre en el espíritu, del espíritu cosechará la vida eterna*» (Gál. 6, 7-8).

Nota: Repetimos que quienes deseen leer el mejor libro de apologética sobre la existencia de Dios: un maravilloso libro que gusta y emociona al tiempo que ilumina y fortifica la fe, le recomendamos el titulado: «A DIOS POR LA CIENCIA».

Leyendo este libro verás claro a Dios y ya nunca volverás a tener dudas de Él. Créeme que merece la pena leerlo. Si no lo encuentras en las librerías puedes pedirlo por Correo a reembolso al APOSTOLADO MARIANO - Recaredo, 34 - 41003 Sevilla.